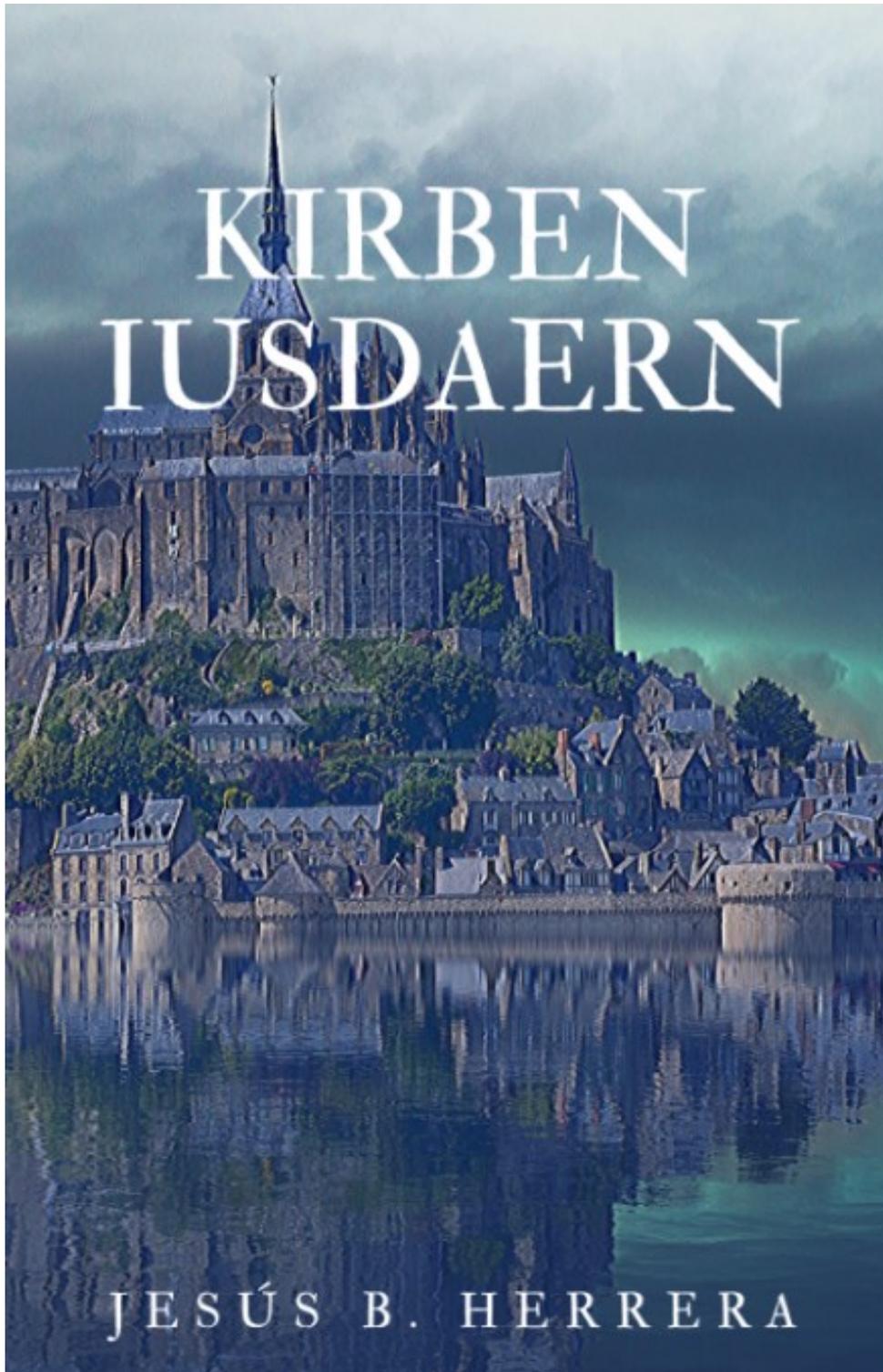


La Noche de la Caza Salvaje

Jesús B. Herrera



Capítulo 1

Si quereis leer más relatos podeis ir a mi blog personal:

<https://elsusurrodelguardian.wordpress.com/>

La Noche de la Caza Salvaje

Por mucho tiempo había renunciado a su propia naturaleza. El odio que sentía hacia sí mismo se había vuelto algo visceral. No había día que no repudiase su propio ser y todo lo que representaba.

Recordaba ese odio cada vez que salía el sol por la mañana, y su pálida piel enrojecía cuando los primeros haces le alcanzaban con inocente piedad. Ese desprecio se incrementaba en los momentos en que los espejos rehuían su mirada, como si sintieran tanta inquina como sentía él mismo. Había perdido familiares, amigos y conocidos. Tantas personas habían pasado por su larga vida, que había tomado la determinación de no volver a relacionarse con nadie nunca más.

Pero por mucha animadversión que le produjera su propia presencia, no era capaz de huir de la realidad. Era algo innato en él, una cualidad tan ligada a su ser, que no eran pocas las veces que había tomado el control de su cuerpo.

Durante las noches sin luna, cuando las estrellas más brillaban en el cielo, y cuando los sonidos se veían envueltos por el murmullo aterrado de cientos de gorriones, perros y gatos, era cuando ese instinto volvía una vez más, preparado para controlar lo que tiempo atrás le perteneció por legítimo derecho.

En esos instantes, una pequeña parte de él se mantenía dormida, pero expectante ante lo que ocurría. No fueron pocas las ocasiones en las que, creyendo que actuaba movido por ese instinto, se dejaba llevar, siendo él el único causante de los daños producidos.

Esas eran las noches que más odiaba. Cuando la sombra era más profunda, era cuando su verdadera esencia salía a la luz, aullante, como un feroz lobo famélico por llevarse algo a la boca. En esos momentos, perdía su propia identidad, y se volvía lo que más odiaba.

Esa era la noche del cazador.

Sigilosamente se deslizó entre la oscuridad, imitando al más habilidoso de los felinos. Su cuerpo se mezclaba con las sombras, perdiendo

momentáneamente su forma para despistar a los ojos que pudieran estar persiguiéndole.

Se decía que el tigre era uno de los depredadores más letales del mundo. Su movimiento era tan discreto que muchas de sus presas no lo detectaban hasta que ya lo tenían encima, con unas afiladas garras tan potentes que nada ni nadie podría escapar de ellas y vivir para contarlo.

Él había logrado cazar tigres. Había luchado cara a cara con ellos, sujetando sus garras como quien sujetaba la zarpa de un gato.

Porque desde que se convirtió en ese ser, pasó a convertirse en el mayor depredador existente sobre la faz de la tierra. Nada ni nadie podía compararse con él, y mucho menos en sus días de caza.

Su alimentación no era muy variada. Podía consumir animales salvajes, perros, gatos, ganado... pero nada de todo eso lograba saciar el hambre que se apoderaba de sus entrañas y le volvía impasible e irracional.

Había intentado sobrevivir durante años de esa forma, pero cada mes que pasaba, su fuerza de voluntad disminuía, a la vez que su resistencia y sus esperanzas de sobrevivir. El apetito, por el contrario, crecía, se volvía más fuerte y peligroso.

No repitió el experimento de aquella vez, ya que muchos fueron los pobres desgraciados que tuvieron que pagar con sus vidas la insensatez que él había cometido.

Tampoco sabía demasiado sobre su propia raza. En sus largos viajes tuvo el disgusto de conocer a otros de su misma condición. Seres aborrecibles que disfrutaban de su larga vida y no dudaban en dejarse llevar por sus instintos más bajos, incluso cuando no estaban en temporada de caza.

Muchos de ellos habían creado pequeñas comunas, operando cual lobos en busca de mayores presas. La lujuria por la sangre podía vislumbrarse en los sedientos ojos de aquellos seres que una vez fueron humanos.

El cazador, por otro lado, siempre se mantuvo alejado de los suyos. Se repudiaba a sí mismo, pero aún más repudiaba la idea de unirse a otros para cometer los perversos actos que tanto despreciaba. No, con su exilio también estaba la firme promesa de mantenerse alejado de cualquiera, fuera humano o no.

También encontró en sus viajes otros individuos más receptivos y sensatos. Los había quienes se negaban a aceptarse a sí mismos, y pretendían seguir siendo humanos, trabajando como ellos, y viviendo falsas vidas que podrían desmoronarse con el más mínimo rayo de luz

solar, o con el fallido reflejo de un espejo.

Hacía ellos tan solo sentía pena. Era lamentable que vivieran engañados a sí mismos. A esas alturas, muchos de ellos ya habrían sucumbido a la sed, y devorado a sus compañeros y amigos. No había espacio para los suyos en la sociedad moderna, eso era algo que sabía bien.

La única forma de sobrevivir, y no pasar por sufrimientos vacuos, era estar solo.

De un salto llegó a lo alto de una farola. Giró sobre ella y se mantuvo en un impecable equilibrio mientras observaba con fascinación y aversión la presa ante sus ojos.

Era una chica joven, de unos veinte años. Él era incapaz de sentir el frío y el calor, pero por la ropa de la muchacha, ya debía haber llegado la primera helada del invierno. Con un abrigo blanco, y un cabello castaño como el chocolate, caminaba tranquila con la mirada fija en el dispositivo que llevaba en la mano.

Su cordura habló por él y le ordenó abandonar e irse. Odiaba cuando sus objetivos eran personas jóvenes con toda la vida por delante. Solía mirar en todas las direcciones, buscando algún animal que pudiera aliviar levemente su sed hasta encontrar una presa que le diera menos reparo morder.

Inhibió también su sentido de reproducción. Durante siglos había evitado compartir la enzima de su maldición con otro ser humano, pero ese instinto golpeaba cada vez con más fuerza. No tardaría el momento en el que tendría que morder a un ser humano para convertirlo. Esa sed era más fácil de reprimir, pero algún día se volvería tan poderosa como el hambre.

Se planteó la posibilidad de convertirla en lugar de morderla. Aquello no la mataría, pero si la volvería un ser casi tan irracional como era él en ese instante. Los daños que podría provocar un neófito eran imprevisibles, y sin alguien que la controlara, podría causar un auténtico desastre.

Eso fue lo que le ocurrió a él.

No, la reproducción no era una salida a ese problema. Saltó de farola en farola, manteniéndose en un absoluto silencio, algo que resultaría imposible para cualquier otra forma de vida. La chica aún no se había percatado de su presencia, lo que provocó que esgrimiera una sonrisa de satisfacción. Su instinto al fin le había controlado.

Su única opción era morderla, pero confiando en que su consciencia podría presionar lo suficiente a su instinto para saber cuándo detenerse y

así evitar la muerte de la chica. No sería la primera vez que lo lograba, pero la mayoría de las ocasiones era un total fracaso.

Se situó en el suelo con cuidado. Su silencio fue tal, que ni tan siquiera el gorrión que reposaba tranquilo en un poste se dio cuenta de su presencia. Nada ni nadie podría impedir lo que estaba a punto de hacer.

Aspiró hondo y sopló. A la par que la más bella de las flores, su aliento poseía un aroma que incapacitaba los sentidos de los humanos y los volvía dóciles y permisivos. En cuanto la joven respiró un poco de esa esencia el efecto fue inmediato.

El dispositivo cayó al suelo de la mano inerte de la mujer. Su cuerpo continuaba en pie, pero su mente se había ido. En ese instante, era similar a una muñeca. Podía manipularla tanto como quisiera, que nada podría eliminarla de su embrujo hasta pasadas unas horas.

Esa era su última oportunidad de dar marcha atrás, pero era una oportunidad que su cuerpo se negaba a atender como si fuera una opción. El instinto de supervivencia estaba por encima, y esa chica había tenido la mala fortuna de estar cerca en el peor momento posible.

Le susurró dulces palabras para tranquilizar a la joven. Sabía que, en ese instante, su mente se encontraba bajo un profundo sueño, y que nada de lo que le dijera lograría despertarla. Esas palabras eran en especial para aliviar su propia alma, atormentada por lo que estaba a punto de hacer.

Con cariño y premura le apartó el cabello del cuello y la solapa del abrigo. Tiró el pañuelo al suelo, y dejó que la tez blanquecina de la chica reluciera bajo la luz artificial de las farolas. Suavemente inclinó su cabeza, a la vez que le cerraba los ojos. A veces el hechizo fallaba y las víctimas tan solo se mantenían inmóviles, más no inconscientes. Odiaba ver los ojos en movimiento de sus presas mientras con calma les succionaba la vida.

Notó la familiar molestia de su mandíbula mientras los colmillos le crecían milímetro a milímetro. Recordó como las primeras décadas ese incremento dental le producía un dolor insoportable. Lo peor era que la única solución para ese mal radicaba en probar el sabor de la sangre.

Cuando se encontraban en su punto álgido, procedió con el ritual alimentario. Sujetó sus emociones e instintos más bajos con una soga bien fuerte, impidiendo dejarse llevar y provocar un daño irreparable. Con la mayor de las delicadezas, hundió los colmillos en su frágil cuello, sintiendo como la sangre acudía con prisa a cerrar la herida.

Bebió con ganas, por un lado, intentado mantener la compostura y no causar un daño demasiado grave. Pero por el otro, llegó un instante en el que ni tan siquiera se acordaba de lo que estaba haciendo. Perdía el

control de su cuerpo a la vez que lo intentaba dominar. Tantos siglos, y aún no había conseguido mantener a raya el apetito propio de su raza. No se podía sentir más vergüenza.

En un arrebatado de cordura empujó a la muchacha. Su cuerpo inerte cayó al suelo con un golpe seco, mientras la sangre manaba de la herida de su cuello, manchando el pelaje blanquecino de su abrigo.

Se miró las manos también ensangrentadas, ahogando un grito que podría despertar a todo el vecindario. Lo había vuelto a hacer, se había dejado llevar por la lujuria de la sangre y casi rompía su propia promesa.

A juzgar por el débil movimiento de su pecho podía percibir que todavía seguía con vida, por lo que había logrado detenerse a tiempo. No obstante, su piel se veía pálida y las venas estaban tan hinchadas que casi parecían estar a punto de explotar.

La herida se cerró por el efecto sanador de su saliva, por lo que en apariencia había caído desmayada por anemia y no porque un ser que no debería existir le hubiera absorbido la vida de un mordisco.

Lo lógico habría sido marcharse de allí. Dejarla tirada en el suelo y esperar que alguna alma piadosa decidiera llevarla a un lugar en el que estar segura. Si por algún casual alguien la viera en ese instante con ella bien podrían pensar que la hubiera drogado para obtener sus favores.

Pero él no era así. ¿Cómo dejar a una joven a la que casi había matado en mitad de la acera como si fuera un vulgar saco de patatas? No, hacer eso sería renunciar a lo que le quedaba de humanidad. Hacía tiempo desde que dejó de ser humano, pero a pesar de sus muchos problemas, seguía sintiéndose como uno, y nada ni nadie lograría hacer que cambiase de opinión. Eran sus actos los que le permitían seguir pensando sobre si mismo de igual forma, si también cambiaba eso de él, entonces no quedaría nada de lo que una vez fue en el pasado

La recogió del suelo y se dirigió hacia el lugar público más cercano. No tenía la intención de que le vieran llevarla en brazos, tan solo quería que alguien la viera tirada en el suelo y se apiadara de ella. Encontró su destino a un par de calles de distancia, cerca de la plaza mayor de la ciudad, dónde se estaba celebrando una popular festividad consistente en la quema de un falso dragón.

Situó a la joven junto a la puerta de un hotel y luego se esfumó en la sombra. No dejó de observar a la chica hasta que el encargado del lugar la encontró y llamó a los servicios de urgencia. Fue entonces cuando se deslizó en silencio por una esquina y se perdió por las calles de la ciudad.

Así era él, un ser ilógico con una existencia innecesaria en un mundo que no le quería para nada. Pero un ser que vivía como todos los demás, a costa de hacerles daño.

Ya había saciado la sed, pero nada cambiaba ese hecho. Llevaba siglos haciendo lo mismo, y seguiría otros tantos haciendo lo mismo. No había nada que le impidiera proseguir con sus actos diabólicos, nada que lograra hacerle redimir por todo lo que había hecho.

Se enfundó en su gabán oscuro y continuó su camino. Nadie le esperaba. Nadie le necesitaba. Pero aún así él debía seguir caminando. Debía seguir ese sendero que había trazado y no dejar ningún pensamiento fugaz le alejase de su destino.

Él había nacido para esto. Y si algún día lo conseguía, también moriría para esto.